

LACASTA-ZABALZA, José Ignacio, *España uniforme. El pluralismo enteco y desmemoriado de la sociedad española y su conciencia nacional e intelectual*, Pamiela, Pamplona, 1998, 365 págs.

Si Max Aub estaba en lo cierto y «lo que importa de las cosas no son las cosas en sí, sino el porqué se hacen», habrá que preguntarse ¿por qué se escribe *España uniforme*? Tal vez porque resultara necesario que desde una relación moral con la política se hiciese frente al olvido. Al olvido de la política, o lo que es igual, «de la historia del poder y su espíritu». Quizá lo más correcto sería invertir la cuestión: cómo no hacerlo si la política de hoy es fruto de la de ayer y semilla de la de mañana. No reflexionar sobre la España uniforme hubiese significado preterir lo que en realidad perdura.

España uniforme viene del desvelo por la fundamentación del sistema jurídico español y por la nula legitimidad de quienes reprochan al pluralismo su existencia. Así, la cadena de validez normativa no sería un exquisito más trasnochado artificio teórico sino que continuaría siendo una lúcida y válida disquisición sobre el origen del derecho y el estado.

España se hace uniforme porque sin lo mejor de la tradición y la cultura republicana ha concedido un nacionalismo que parece haber reducido la lucha por el derecho a una breve fase histórica. A lo que parece, la superación definitiva de tal fase contradice y niega la posibilidad y autenticidad de cualquier pretensión discordante con lo igualador e igualado. Desde esa atalaya, quienes dicen atisbar otra cosa no verían sino la imagen de su deseo.

Parece que, en la uniformizada sociedad y con Ihering en el pensamiento, el autor echa en falta una suerte de «egoísmo maduro» que colme de significado la lucha por los derechos de los otros como deber de la comunidad. Auténtico indicio y criterio de *self-respect* para los ciudadanos, diría Resta.

La apuesta, encendida apuesta sobre todo en la Introducción, por la razón jurídica, para la que no existe alternativa, justifica que tampoco falte (ni sobre) una ilustrada visita a las dependencias y conductos menos frecuentados del edificio estatal. Suba o baje el diapason, el rechazo de la ambivalente idea de la violencia, entendida a un tiempo como enfermedad y como cura permanece como único fondo y fundamentación del Estado de Derecho. Donde la paz sólo lo es si viene por medio del Derecho. De otra forma, transgredido a sí mismo pierde su particularidad y esencia.

La trabada estructura del libro casa bien con la compleja urdimbre social donde lo que puede ser casi iguala en importancia a lo que resulta ser. El autor, acaso por ello, no ningunea a político o escritor que en libro o prensa se haya pronunciado y con ello contribuido a la conformación del pluralismo político de este país, ahora enteco por desmemoriado. Menos bien casa el lenguaje del libro con la actual y poderosa tendencia al eufemismo como impulso homologador. Rica en referencias jurídicas y filosófico-políticas la obra corrobora la buena salud de correosas corrientes doctrinales que, ancladas a mediados de siglo han pervivido y perfilado un patriotismo español que más que descuidar desdeña lo plurinacional. No sólo las normas cimentan la sociedad. La unidad de ésta, sin fisuras por definición, se construye a base de enaltecer a algunos de sus pensadores (Ortega y Gasset valdría) aun al precio de proscribir el pensamiento de algunos de los otros, los de Pi y Margall servirían como ejemplo. La crítica del autor se centra en la amnesia cultural, nada inocente, que tan pobre crea a un nacionalismo español en el que sólo une lo anti. Ser un buen español es ser un buen anti-separatista, y aun antinacionalista (catalán, gallego, vasco o cualquier otro lugar con ínfulas de diferencia).

Grande para lo pequeño y pequeño para lo grande no es un acertijo, es un Estado, dice Ferrajoli. Tal vez por ello, seguir aferrándose de manera monocorde a determinadas formas de estado, como si el difuminado de la soberanía fuese algo local y accidental, significaría convertir en un fin definitivo e incuestionable lo que debería considerarse un medio vivo de organización social. Los valores, que en el libro se descubren sin dificultad señalan que sólo en una visión estéril el mundo es como nos lo dan y ya. Pero no, y no sólo en el presente trepidante, el mundo es (y sigo con Aub) «como lo hacemos, o nos obligan a hacerlo, o lo dejamos hacer». El respeto a las minorías o la protección del menos fuerte, otros valores del profesor Lacasta, justificarían la defensa (tirando a asimétrica) de las políticas lingüísticas catalana y vasca.

Para el autor de *España uniforme* el estado no puede ser una reliquia objeto de culto sino de reflexión. En la suya se deslinda sin estigma el nacionalismo cultural del político como requisito previo al rigor del debate: ¿qué España? Para José Ignacio Lacasta las razones históricas son las razones de peso que aconsejan la asimetría federal como mejor forma, fórmula para este estado. Para ello es imprescindible abandonar la España de las creencias y entrar en la de las razones. Sin embargo, y a pesar del tiempo transcurrido desde Spinoza, todavía siguen siendo válidas sus palabras: «nos hallamos muy lejos de eso, de que todos puedan siempre y fácilmente dejarse guiar tan sólo por la razón.» La fe, y no la razón, continúa siendo «el supremo sostén del estado».

M^a José GONZÁLEZ ORDOVÁS

IV

NOTICIAS

